

Un trozo de tierra como gran metáfora de un país

La Oculta

HÉCTOR ABAD FACIOLINCE

Editorial Alfaguara, Madrid,

2015, 334 págs.

UN SUCESO, la muerte de la madre, entreteje, otra vez, como en la infancia, la vida de tres hermanos que se reúnen en la tierra heredada, una hacienda llamada La Oculta. Dentro de un marco temporal de algo más de dos años, que comienza cuando Antonio, que vive en Nueva York, recibe la llamada de su hermana Eva, la narración, diferenciada en tres voces, la de cada uno de los hermanos Ángel, abordará “las cosas que han pasado, las cosas que todavía pasan en esta finca” [pág. 32], como anuncia Pilar, la otra hermana. Es, por tanto, en la historia familiar de los Ángel y de la tierra que heredan, que Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) encuentra un marco de ficción para abordar aspectos cruciales de la Colombia contemporánea. Comienza con la colonización de un territorio en el suroeste, poco después de que terminaran las guerras civiles del siglo XIX, cuando los vencedores (“republicanos, aliados del Ejército Libertador”, pág. 58) distribuyen tierras y se fundan pueblos en el interior del Estado, como el que ocupa esta novela y que, después de un par de cambios de nombre, se llamará Jericó. Allí llegan los antepasados de los protagonistas, y desde allí ganarán La Oculta con su trabajo. Todo lo que abarca la novela pasará dentro de los límites, aunque no estrictamente espaciales sí al menos sentimentales, de esas tierras. Gracias a la estrategia metonímica sobre la que se sustenta la narración, ese pueblo se transforma en símbolo. Un ejercicio de mostrar la parte por el todo. Y dentro de ese pueblo, una familia, y dentro de esa familia, tres hermanos, pertenecientes a una generación alejada de la de los colonos, que son recuerdo, anécdota, afición de recolector de ramas del árbol genealógico, como Antonio, que, con la distancia marcada por la emigración, parece sobrevenir la pena del destierro con la reconstrucción de la memoria. Algo que

a las que se quedaron, Pilar y Eva, no parece importarles demasiado.

Sin embargo, aunque hay un gran recuento historiográfico centrado en la gesta familiar, de ascenso social al que los protagonistas deben sus estudios y su posición social y económica, la narración se centra sobre todo en la actualidad. Desde esa perspectiva, se habla de la Violencia, con mayúsculas, que comienza con el Bogotazo de 1948, la insurgencia guerrillera y el secuestro, la irrupción de los paramilitares y el asesinato amparado por las fuerzas del Estado, el conservadurismo social y las fuerzas cívicas que intentan sobreponerse. Una historia personal, pero también nacional.

Ahora bien, siendo la revisión de los acontecimientos recientes ya materia de tantas otras novelas, con tramas que rondan el narcotráfico, la guerrilla, los paramilitares, la polarización política, las posiciones dicotómicas, y las miserias y crímenes que siembran, no solo en Colombia sino en Latinoamérica, con matices según cada autor y cada región, ¿qué aporta la novela de Abad? ¿Es solo un autor que intenta saldar una deuda con sus raíces? La novela se construye sobre las voces de Pilar, Eva y Antonio, quienes están unidos por la sangre y el pasado, pero poseen puntos de vista y estilos de vida distintos, lo que dota a la obra de la polifonía necesaria para abordar desde distintas ópticas un tema que puede parecer manido, si la obra se sostuviera únicamente por la acción. Como dice Pilar: ella vive como su abuela; su hermana Eva, como sus hijos; y Antonio, como lo harán sus nietos. No obstante, el tono de evocación que comparten los tres, dirigido hacia un oyente desconocido pero cercano, marca el transcurrir de la novela con un matiz confesional, de plena confianza. Los narradores no denotan temor a desvelar la intimidad y los secretos. Gracias a esa introspección, la novela logra un acercamiento desde la individualidad y la intimidad. Es en la ausencia de generalizaciones que el tema logra ir más allá de lo aparente. Está oculto, como la propiedad que da título a la novela. El tema que subyace es el apego al sentimiento patriótico, a la subjetividad de la herencia y a lo atávico de la tierra y la propiedad. Aquello que algunos llaman patria, con la que se establece una relación de amor

y odio, por la que surge un sentimiento agridulce, como repiten cualquiera de los tres narradores:

Reconozco que el paisaje de esa región es el que más me conmueve de todos lo que he visto en el mundo, y que vaya a donde vaya lo llevo conmigo. [pág. 28]

Yo sé que soy ese rocío, esa hoja de hierba y esa tierra negra. Yo he olido esa tierra, me la he puesto en la nariz para tratar de saber –por el olor– por qué la queremos tanto. [pág. 36]

A La Oculta estamos aferrados con garras y dientes como si fuera la última tabla de salvación de unos naufragos a la deriva del mundo. [pág. 40]

La tierra, la sensación de tener un lugar donde caerme muerta, un lugar mío donde me entierren. [pág. 48]

Ahí está siempre La Oculta, para que no la olvide, para conservar la ilusión de que sigo allá, o al menos de que voy a volver algún día. [pág. 79]

Hasta que no llega la luz, tenemos la ilusión de que todavía vivimos en La Oculta, como siempre quisimos. No quiero que amanezca y me parece triste preferir la noche. [pág. 334]

Eso rezuma esta novela: el apego y la pérdida.

Con los antecedentes de Abad, cuya obra abarca ensayo, memoria, ficción y libros inclasificables, como *Traiciones de la memoria*, resulta conveniente aclarar que *La Oculta* es una novela de estructura convencional, cuyas tramas se encuentran bien cercadas por el marco, tanto espacial como temporal, algo destacable dentro de una trayectoria que ensaya con la técnica, y varía de estrategia y de voz en cada libro, aunque el propio autor insista en uno y otro escrito (prólogo de *Basura*, agradecimientos de *La Oculta*, frases en *El olvido que seremos*) su inseguridad ante la escritura. En esta obra polifónica se esfuerza por buscar cierta pluralidad en la perspectiva, que no es absoluta pues los hermanos coinciden en su origen y estatus social, en su cultura y sus principios fundamentales de entender la vida, lo que hace que en no pocas ocasiones parezca que se escucha la misma voz.

RESEÑAS

RESEÑAS		
<p>Otra cuestión que podría constituir una debilidad de esta novela es la ambición por abarcar algunos temas inherentes al tiempo que vivimos, desde perspectivas morales, como el aborto o la eutanasia, haciendo reflexiones que no logran la profundidad necesaria. Son temas que pretenden dotar de mayor complejidad a los personajes pero que, siendo el tema principal tan complejo, desvía la lectura en incisos algo superficiales.</p> <p>Lo más interesante de <i>La Oculta</i> es la conexión permanente con otra de sus obras, la más trascendente hasta el momento: <i>El olvido que seremos</i> (2006). <i>La Oculta</i> es una ficción familiar en la cual los personajes beben de aquellos reales que aparecen en el relato que sirve de precedente. Existe una transmisión constante de esas personas hacia las construcciones de la ficción: una piadosa Pilar evita el sufrimiento final de la persona que ama y cuida con sobredosis de morfina; el padre es médico y de izquierda, uno de los hermanos es violinista, el presidente en la época de los paramilitares había sido el primer marido de Eva... existe un diálogo entre ambas obras. Incluso está la hondura en la homosexualidad, desarrollada aquí con plenitud, desde el despertar sexual hasta la sedentarización sentimental. Pero, sobre todo, está la propia finca familiar, La Inés, testigo en <i>El olvido que seremos</i> de la evolución de los Abad, que irrumpe en <i>La Oculta</i>, con ese mismo nombre y que aquí surge como gran contenedor. Fue en La Inés, donde Abad y los suyos pasaron el duelo por Héctor Abad Gómez, asesinado por los paramilitares en 1987, y donde el autor escribió <i>El olvido que seremos</i>. La Inés, “la finca que nos dejó mi papá, que le dejó mi abuelo, que le dejó mi bisabuelo, que abrió mi tatarabuelo tumbando monte con sus propias manos” [pág. 252 de <i>El olvido...</i>].</p> <p>Pareciera que el autor ha tenido que dejar transcurrir casi una década para convertir un texto sentimental, una memoria, un tributo a su familia, en una novela cuyo fondo es crítico con una sociedad violenta. En esta obra, Abad acusa: a los paramilitares, al ejército, a la guerrilla, a los propietarios que pagan rescate y vacunas, a los intelectuales, a los herederos, a los negociantes, con frases impecables dentro del contexto: Jon (artista neoyorkino y marido de</p>	<p>Antonio) estaba furioso con Colombia y decía que ese era un país fallido, sin futuro, con un Estado indolente y corrupto. [pág. 83]</p> <p>Eran años de desplazamiento y muchos campesinos habían tenido que huir, algunos espantados por la guerrilla y otros por los paramilitares. [pág. 151]</p> <p>Se veía que era gente dañada por el odio y el resentimiento. Eran el odio que camina; eran personas –hombres y mujeres– que habían matado y habían visto cómo los mataban. [pág. 220]</p> <p>[el presidente] Tenía una cosa oscura, que ocultaba y asustaba, una escondida capacidad de ser violento, despiadado, sin duda y sin remordimiento, como un Maquiavelo. [pág. 247]</p> <p>lo que no pudieron hacernos ni las guerras civiles, ni la guerrilla ni los paramilitares, lo consiguieron los negociantes. [pág. 329]</p> <p>había hablado con todos los contactos que tenía en los movimientos de izquierda de Medellín, de Bogotá, pero para nada, nadie le hizo caso. [pág. 224]</p> <p>La familia no está exenta de las vicisitudes nacionales: secuestran al hijo adolescente de Pilar durante casi un año, atentan contra Eva para obligarles a vender la finca, pactan con el poder de facto.</p> <p>En el presente, ya al final de la novela, aparecen las nuevas generaciones con su propia manera de entender la conciliación y el progreso, justo cuando la estirpe de los Ángel se agota. Los hijos de Pilar y Eva actúan de forma pragmática, parcelando la tierra de los antepasados, usando el dinero como baremo del bienestar, sin romanticismo. Una posible alegoría del futuro, con abierto desenlace en la novela, del proceso de paz frente a la amargura y la propia pacificación y resignación de los protagonistas, que envejecen.</p> <p>Un rasgo de la escritura de Abad en toda <i>La Oculta</i>: aquello que se “ve” cobra gran sentido en esta novela. La belleza entra por la vista, por las vastas descripciones de lo visible. Del goce de mirar la naturaleza. Algo que también</p>	<p>perece cuando secan el lago, tal vez otra metáfora que obsequia Abad, esta vez de la muerte de un ciclo, del fracaso de una generación, de un país, para conservar esa belleza.</p> <p style="text-align: right;">Doménico Chiappe</p>